



## Capítulo 183

La oficina era un remanso de paz.

Blackie estaba revolcándose sobre los libros antes de quedarse dormido.

Aunque era pleno verano, las piedras mágicas del interior de la oficina enfriaban el aire lo suficiente como para que no hiciera demasiado calor.

En otras palabras, era el momento y el ambiente perfectos para recostarse en una silla y disfrutar de una siesta después de comer.

Sin duda, así debería haber sido.

«... Entonces, ¿qué acabas de decir?».

«He dicho que la cabeza del Señor de Lartania va a explotar, padrino».

Si no fuera por las palabras de Rine...

Las pupilas de Alon temblaron ligeramente, aunque su expresión permaneció inexpresiva.

Deus y Radan estaban igual.

Como si acabaran de presenciar una locura mucho mayor que la suya.



Los dos dieron medio paso atrás en silencio.

Alon miró a los tres y luego colocó con cuidado el botón sobre la mesa.

«... Entonces, eh...»

«¿Cómo diablos se supone que esto es un regalo?»

—Se tragó las palabras antes de pronunciarlas.

«Oh, se me olvidó mencionar esa parte, padrino».

«Qué es?

«En cuanto pulses el botón y te pongas a salvo, podrás convertirte en el nuevo Señor de inmediato».

Rine esbozó una refrescante sonrisa.

«Este es el regalo que te preparé».

Un pequeño botón que cabía perfectamente en una mano.

«Entonces, si lo presiono cuando quiera, la cabeza del Señor explotará y me nombrarán nuevo Señor... ¿Es eso lo que está diciendo?».

—Olvida eso. Este no es un regalo normal.

«En realidad, iba a encargarme de ello discretamente y luego informarle, pero pensé que algunas personas molestas podrían empezar a entrometerse. Por eso lo preparé de esta manera. Además, este método le permite actuar cuando lo considere oportuno, padrino».

«Ya veo».

«Sí».

Las palabras estaban llenas de consideración.

No, de hecho, realmente eran consideradas.

Es solo que se salían un poco de los límites del sentido común.

Rine se rió suavemente mientras miraba el botón.

Alon, sintiéndose un poco incómodo, tiró discretamente del botón hacia él.

«No puede ser, ¿verdad?».

¿Podría ser que, tras encontrarse con el Apóstol la última vez, Rine hubiera despertado de alguna manera?

Una leve ansiedad se apoderó de ella.

Alon cubrió el botón con ambas manos y reflexionó seriamente.



¿Debía expresar primero su gratitud? O...

«Aunque me resulte incómodo, después de lo que pasó la última vez, debería comprobar si ha cambiado algo».

Podría ser una preocupación innecesaria, pero Alon pensó que era mejor al menos confirmarlo.

Su objetivo final era ayudar a aquellos que una vez estuvieron destinados a convertirse en los Cinco Grandes Pecados a convertirse en personas normales.

Por mucho que ella lo llamara un regalo, colocar un explosivo en la cabeza de alguien, aunque solo fuera una suposición, era algo que nunca se debía hacer.

Y, sin embargo, dado que Rine se había esforzado mucho para prepararle este regalo...

¿Estaría bien regañarla delante de los demás?

Dudó.

Sobre todo si aún persistían las secuelas de su encuentro con el Apóstol.

Rine rara vez mostraba sus dificultades, por muy difíciles que fueran las cosas.

Al final, Alon cerró los ojos con suavidad.



«... Lo aceptaré».

«¿Te gusta?».

«Sí».

Por ahora, decidió dejarlo pasar.

«Me alegro».

«Pero en el futuro, no hace falta que准备 regalos tan extravagantes. Limítate a algo apropiado y que no suponga una carga excesiva».

En su lugar, le dio un consejo.

«Lo mismo vale para ustedes dos, Deus, Radan. No hay necesidad de llegar a tales extremos solo para dar regalos».

Sin embargo...

«Entendido, hermano. Pero esta vez no me pasé de la raya».

«Yo opino lo mismo, marqués».

Al oír las objeciones de Radan y Deus, Alon sintió un espasmo involuntario en la comisura de los labios.

¿Decían que no se habían excedido?

¿A pesar de que habían construido una estatua absurdamente enorme e incluso habían capturado a un dios del mar?

Pero...

«... Está bien, como sea».

Ante seis ojos que insistían en su inocencia, se tragó lo que realmente quería decir.

\*\*\*

Mientras el sol de la tarde abrasaba la tierra...

«Hmm, ahora que lo pienso, hace tiempo que no nos vemos cara a cara así».

«Es verdad. Vi a Rine, pero siento que ha pasado mucho tiempo desde que te vi a ti».

«Así es».

Mientras Radan, Deus y Rine intercambiaban saludos...

Alon se detuvo en su oficina secundaria para realizar algunas investigaciones mágicas con Penia.

«Por hoy lo dejaremos aquí».

«Sí, buen trabajo».

«¿Qué opinas?».

«Bueno... Para ser sincero, creo que aún le falta algo».

En ese momento estaban investigando algo que Kyrlus le había mencionado a Alon.

Para utilizar la técnica del Dragón de las Sombras, era esencial un control preciso del maná.

«Por cierto, es fascinante cómo reacciona Blackie ante la formación de sellos».

«¿Ah, sí?».

«Sí. Básicamente, los sellos que utilizas, es decir, los sellos manuales, alteran la estructura de l

«Sí. Básicamente, los sellos que utilizas, es decir, los sellos manuales, alteran la estructura de las partículas de maná. Y Blackie está cambiando con ellos».

«... Eso es muy interesante».

«Mmm... Ah, ahora que lo pienso, quizás podríamos utilizarlo de otra manera?».



«¿Cómo?».

Penia expuso con entusiasmo su idea.

«Si tu teoría es correcta, quizá podamos utilizarla también de esta manera».

Alon cruzó los brazos y asintió con la cabeza.

A diferencia de Kylrus, la interpretación de Penia sobre los sellos y su conexión con Blackie era intrigante.

«Entonces investiguemos ese aspecto un poco más».

«Entendido. Ah, y también...».

Penia sacó algo de su túnica y se lo entregó a Alon.

«... ¿Qué es esto?».

«Bueno, he oído que hoy es tu cumpleaños.

Te he preparado un pequeño regalo».

«Gracias».

El regalo que Penia le entregó era un frasco.



«¿Para qué sirve esta poción?».

«Es un estimulante».

«¿Un estimulante?».

«Sí. No es algo que se deba usar a la ligera, pero si inhalas el polvo, aumenta temporalmente tu maná».

«Sí. No es algo que se deba usar a la ligera, pero si inhalas el polvo, aumenta temporalmente tu maná. Por supuesto, tiene efectos secundarios, pero es mejor que caer en la adicción al maná».

Alon soltó una exclamación en voz baja.

«... Es un regalo bastante sustancial. Le daré buen uso».

«Me alegra que te guste».

Penia esbozó una sonrisa social ensayada.

«Aunque, para ser sincera, en un principio no tenía intención de que fuera un regalo».

Ella ocultó esa verdad.

El llamado don, el estimulante, era en realidad algo que se había creado por accidente durante un experimento.



La mayoría de los magos ni siquiera se plantearían usar estimulantes.

Dejando a un lado los efectos secundarios, rara vez abusaban de la magia hasta el punto de volverse adictos al maná.

En otras palabras, este estimulante, aunque eficaz, era esencialmente inútil para ella, ya que no se podía vender a precio completo ni era algo que necesitara.

Pero con el cumpleaños de Alon acercándose...

y dado que a menudo se quedaba sin maná...

Era la oportunidad perfecta para convertir este objeto inútil en un valioso regalo.

«Sinceramente, probablemente se lo habría regalado aunque no fuera su cumpleaños».

En cualquier caso, no había nada de malo en ganarse el favor de Alon.

Por lo tanto...

«Hmm-hmm, me he esforzado bastante en hacer esto».

«¿De verdad?».



«Sí, usé muchos ingredientes caros, ya sabes...».

Como dice el refrán, hay que remo mientras la marea está a tu favor.

Justo cuando Penia estaba a punto de añadir más exageraciones que no eran del todo exageradas...

«Esto contiene hasta ocho ingredientes diferentes, así que... Eh».

De repente, tragó saliva.

«¿?».

Antes de que Alon pudiera preguntar qué pasaba...

—Ahí está, mi señor.

Una voz familiar resonó detrás de él.

«Yutia, ya has llegado».

«Sí, mi señor. Acabo de llegar hace un momento».

«Debes de haber tardado bastante en llegar. Gracias por venir».

«No hay de qué. Es tu cumpleaños, por supuesto que tenía que venir».



Yutia sonrió, con los ojos curvados como una luna creciente.

Luego miró la poción que Alon tenía en las manos.

«Ese regalo, ¿debe de ser de Penia Crysinne?».

Su mirada se dirigió rápidamente hacia Penia.

«¡Ah, no, yo no te di eso!».

Presas del pánico, Penia estaba a punto de pulsar el botón de emergencia...

«Así es. Penia me lo dio. Ella eligió algo que realmente necesitaba».

«¿Ah, sí?».

«Sí».

«En ese caso, debo darle las gracias como es debido, señorita Penia».

Ella perdió su oportunidad debido al elogio tranquilo pero directo de Alon.

«Bueno, en lugar de quedarnos aquí parados, vamos a la oficina. Los demás están todos reunidos allí».

«De acuerdo, mi señor».



«Penia, lo siento, pero yo me adelantaré».

«Ah, sí...».

Afortunadamente, Alon se llevó a Yutia primero.

«Uf...».

Penia dejó escapar un silencioso suspiro de alivio.

Pensando que había escapado por los pelos, levantó la cabeza...

Y entonces lo vio.

«... ¡Ay!».

Mientras Alon se alejaba...

Por un breve instante, cuando él no miraba...

el rostro de Yutia se volvió frío como el hielo, su expresión completamente desprovista de calidez.

Y...

¡Creeeaaak! ¡Pum!



Como si estuviera embrujada por un fantasma, la puerta se cerró lentamente con un chirrido.

Penia, mirándola fijamente, sintió que una ola de arrepentimiento la invadía.

«¿Quizás no debería haber mentido...?»

Su rostro se descompuso por la desesperación.

... ¿Debería empezar a hacer las maletas y huir a la Torre Mágica Azul ahora mismo?

Sus breves cavilaciones revoloteaban en el aire como un espíritu inquieto.

\*\*\*

«¿Cómo te han ido las cosas últimamente?»

«Mm... nada importante. ¿Solo algunos incidentes menores?».

«Ya veo».

Mientras regresaban a la oficina donde se encontraban los otros tres, Alon intercambió saludos informales.

Al mismo tiempo, pensó para sí mismo:

«Pronto empezarán a producirse incidentes también en Rosario».

La mayoría de ellos, por supuesto, estarían relacionados con los extraños sucesos.

Los acontecimientos verdaderamente significativos aún estaban un poco lejos.

Aun así, preocupado, habló con Yutia.

«Si necesitas ayuda con algo, avísame».

«Mmm... Prefiero no causarte preocupaciones innecesarias, ¿no crees?».

«No pienses así».

Yutia se quedó en silencio por un momento.

Luego, poco después...

«Yo siento lo mismo».

Su sonrisa se amplió aún más de lo habitual.

«¿Tú también?».

«Sí. Si alguna vez necesitas algo de mí, no dudes en pedírmelo. No te preocupes por molestarme».



Al ver esa sonrisa, la comisura de los labios de Alon se curvó ligeramente hacia arriba.

Mientras continuaban con su cálida conversación, llegaron a la oficina sin darse cuenta.

En el momento en que abrieron la puerta y entraron, apareció ante sus ojos otra caja enorme.

«Oh, ¿es este el regalo de Yutia?».

Una caja que no estaba allí antes.

Sin embargo...

«?»

Yutia ladeó la cabeza, con cara de no entender nada.

Entonces, ¿quién envió este regalo...?

«Ah, eso llegó antes, así que lo traje adentro».

Evan, que había estado charlando con los demás, explicó.

«Dijeron que lo había enviado Seolrang».

«Ya veo».

Justo cuando Evan pareció darse cuenta de la presencia de Yutia y estaba a punto de levantar la mano para saludarla...

—¡Ta-dah~! ¡Lo hice justo antes de que llegara Yutia!

La tapa de la gran caja de regalo se abrió de repente.

Y de dentro...

«¿Seolrang...?»

Envuelta de pies a cabeza en cinta roja, Seolrang.

Inmediatamente corrió hacia Alon y declaró:

«¡Yo soy el regalo de cumpleaños, maestro! ¡Puedes quedarte conmigo!».

A continuación, le mostró el formulario de registro de matrimonio que Alon se había negado a firmar anteriormente.

Y en ese momento...

«¿Eh?».

Seolrang la vio.



Yutia, de pie detrás de Alon.

«¿Y-Yutia?»

Su voz temblaba.

«Ha pasado mucho tiempo, Seolrang».

En contraste, Yutia respondió con un tono sereno.

Hasta el momento en que Seolrang salió de la caja, Deus y Radan habían estado observando divertidos...

Pero ahora, se estremecieron.

Para los demás, la voz de Yutia podría haber sonado normal.

Pero ellos lo sabían.

Ese tono sutilmente más bajo...

solo aparecía cuando Yutia se enfrentaba a algo —o alguien— que le desagradaba profundamente.

En esta situación, la mejor opción era evitar involucrarse.

Desvieron cuidadosamente la mirada.

Mientras tanto, Seolrang, recordando el error que había cometido al burlarse de Yutia en una reunión anterior, comenzó a sudar.

«Je, je...».

Como una ladrona culpable, sus ojos se movían rápidamente de un lado a otro.

Entonces...

Pum, pum...

Rápidamente se metió dentro de la misma caja que acababa de abrir.

Solo sus manos asomaban mientras intentaba cerrar la tapa sobre sí misma.

Pero la tapa de la caja, hecha trizas, ya no encajaba bien.

En la repentina y gélida tensión que invadió la habitación, Alon no pudo hacer nada más que quedarse allí aturdido.